

no temia aun á los hombres que ocupaban un alto puesto (1), permanecía en España oscurecido; guardaba consideraciones á los exactores, que creía estaban de acuerdo con Neron, y al mismo tiempo compadecía al pobre pueblo, dejaba circular sátiras contra el príncipe, y por temor á una desgracia llevaba siempre consigo un millon de sextercios en oro. Galba no podía llegar á ser emperador sino en un caso extremo, imposible de esperar, ni rebelarse sino por prudencia. Con la carta de Vindix recibió otra del gobernador de Aquitania, que le llamaba en su auxilio contra Vindix, y un mensaje interceptado en que Neron mandaba asesinarle. Mas no le faltaron oráculos y prodigios, que eran costumbre en aquel siglo, para animarle á la empresa. Tenía una sola legión; pero contaba como Vindix con el levantamiento del pueblo; é imitándole arengó en una asamblea nacional y ante las imágenes de los que habían muerto por causa de Neron; envió proclamas por toda España, formó legiones españolas y un Senado español, y puso en la puerta de su cuarto una guardia de caballeros. Es decir, que se levantaba una Roma ibérica contra la antigua Roma.

Habiase roto la paz y vendido el secreto del imperio: habíase aprendido que podía hacerse un hombre emperador fuera de Roma (2). Todo se agita en el Occidente, y hasta los generales que habían rechazado y aun publicado las anteriores insinuaciones de Vindix, al saberse el levantamiento de Galba se sublevan como auxiliares ó como rivales suyos. Oton en Lusitania se une á Galba, y le cede su vajilla y sus esclavos.

¿Y entretanto, que hacía Neron? Á las primeras noticias se conmovió muy poco. Estaba en Nápoles, en la hermosa ciudad de sus primeros triunfos, se entusiasmó de codicia con la idea del saqueo de las Galias, y fué á ver á los atletas. Las noticias son cada vez mas graves, pero no se inquieta y pasa ocho días sin dar orden alguna. Roma está llena de proclamas injuriosas de Vindix; Neron escribe al Senado que no puede ir á la capital porque tiene mala la garganta, y puede peligrar su voz; por otra parte Vindix le llama « mal músico, » él que tantos años y cuidados dedicó á este arte, llegando á cantar mejor que todos: el absurdo de esta acusacion puede conocer cuáles serían las demas. Las noticias empeoran y Neron parte para Roma; en el camino encuentra un bajo relieve que representa un Galo derribado bajo el caballo de un Romano; le parece esto un fausto presagio; olvida el temor, salta de alegría, y envía un beso al cielo. Llega por fin á Roma, delibera algunos instantes con los principales del Senado, y pasa el resto del día enseñándoles un órgano hidráulico de nueva invencion, diciendo: « Le oírémós en el teatro » con permiso de Vindix. »

(1) PLUTARCO, en Galba.  
(2) TÁCITO, Hist., l. 4.

Pero llega la terrible nueva; ¡Galba se ha sublevado! Á esta noticia Neron cae como muerto y permanece gran rato sin voz ni movimiento; y cuando vuelve en sí se golpea la cabeza; en vano su nodriza quiere consolarle; le sucede lo que no había sucedido aun á ningún príncipe, perder el imperio ántes que la vida. Recibe despues una nueva algo favorable y su débil ánimo pierde todo temor; en la mesa canta sátiras contra Vindix y Galba, acompaña con gestos una música viva, se hace llevar ocultamente al teatro y dice á un actor que era aplaudido: « Tú abusas de mi ausencia. »

El delirio del imperio vuelve á apoderarse de él. « Todos los generales conspiran con Galba; él mandará degollarlos á todos; quitar la vida á todos los desterrados, matar todos los Galos que hay en Roma, prender fuego á la ciudad, envenenar al Senado en un banquete, y si el pueblo se rie, soltar contra él las fieras del circo. » ¿Son estas extravagancias de un cobarde embriagado ó invenciones de la cólera del pueblo? Por lo ménos estos eran los designios que se atribuían á Neron. Desde entónces solo desea la guerra; palabra extraña en boca de Neron que nunca la hizo sino de léjos. El Senado declara enemigo público á Galba, reservándose el derecho de declarar lo mismo contra Neron. César llama á las tropas que se dirigan al Cáucaso, forma una legión de soldados de marina; guardianes suyos en el Miceno y cómplices en el asesinato de Agripina. Es pródigo con los dioses, y hace voto, si sale vencedor, de celebrar un espectáculo en que les hará oír el órgano, la flauta, la cornamusa y concluirá bailando el *Turno*. Acelera los preparativos; ya están dispuestos los carros para llevar los órganos; las damas de palacio se cortan los cabellos, se arman de hachas y escudos y forman una legión de Amazonas. Neron mismo da la señal de guerra, alza los haces, saliendo del banquete apoyado en los hombros de los amigos, con el alma conmovida con el placer de la orgía. Ya no piensa mas que en el drama de lágrimas olvidando el melodrama sangriento del día anterior. « Cuando llegue á la provincia, enfrente del enemigo, se adelantará inerme, sin movimiento, y romperá á llorar: todos se conmovrán, y todo concluirá abrazándose y cantando el himno de triunfo, » que ya está preparando.

Pero Roma murmura; se decreta una leva y no pueden alistarse mas que esclavos, se exigen enormes contribuciones y no se pagan, y el pueblo exclama: « Que haga vomitar lo que » han comido sus delatores. » El pueblo padece hambre mientras una nave de Alejandria lleva, en vez de grano, polvo del Nilo para los elegantes gladiadores de palacio. La noche oyó invectivas contra Neron, y este poder colosal no pudo hacerse obedecer en las enrucijadas de Roma. Suceden á esto los sueños y los presagios. Neron ha visto hormigas que le devoraban; su caballo favorito se ha convertido en mono, excepto la cabeza que come extraordi-

ariamente; el mausoleo de Augusto se abre, y sale de él una voz que llama á Neron por su nombre, y al concluir de cantar el César se desmaya diciendo este verso: « Padre y madre, » unidos me arrastran á la muerte. »

La insurreccion crecía á grandes pasos. Galba, cuyos bienes de Roma había confiscado Neron, confiscaba en España los del César, y encontraba compradores. Vindix, cuya cabeza se había puesto á precio, respondía: « Neron promete diez millones de sextercios al que me mate; yo prometo mi cabeza al que me pre-sente la de Neron; » cuando de repente ocurre un nuevo suceso, que no podemos explicar bien por falta de buenas noticias. Virginio, comandante de la Germania Superior había marchado contra Vindix, y estaban ya á punto de entenderse cuando las legiones rompen el ataque. Veinte mil Galos quedan tendidos en el campo; Vindix se da la muerte, y Virginio, patriota romano ó astuto ambicioso, rehúsa el imperio que le ofrecen los soldados, proclamando la eleccion soberana del Senado y del pueblo; subterfugio que le valió la rara felicidad de evitar por espacio de treinta años la desconfianza de todos los césares, y de morir á la edad de ochenta y tres lleno de honores, venerado en Roma, porque su virtud le había colocado fuera de ella, elogiado solemnemente por Tácito, y como dice Plinio, despues de haber asistido al juicio que formó de él la posteridad.

Al mismo tiempo uno de aquellos temores que nadie puede comprender, hacía perder las esperanzas á Galba, los soldados le obedecian de mala gana; parte de la caballería estuvo á punto de abandonarle, y fué sorprendido por esclavos, apostados por un liberto de Neron, que por poco le asesinan. Galba, cuando supo la muerte de Vindix, se retiró á una ciudad de España, escribió á Virginio, y despues pensó en suicidarse. El movimiento contra Neron estaba, pues, reprimido por sí mismo; y solo por el temor que inspiraba el poder imperial. Pero Neron no lo sabe; por el contrario, recibe noticia de nuevas defecciones despues de la de Galba; se levanta en medio de la comida, tira la mesa, y rompe dos tazas de cristal que preferia mucho. Roma, las provincias, el ejército le faltan en un momento; pide á Locusta un veneno, se retira á una casa de campo y piensa en huir.

El Oriente puede servirle de refugio. Los astrólogos al anunciarle su caída del trono romano, le prometieron el imperio de Asia; la adulacion de los Judíos le hace su mesías, y aunque perdiese el cetro, sería siempre un gran artista é iria con su lira cantando á Alejandro, porque « el hombre virtuoso en todas partes tiene tierra y patria. » Pero la cobardía de Neron da atrevimiento á todos para resistirle; los oficiales del pretorio se niegan á seguirle en la fuga, y uno de ellos le dice: « ¿Pues qué tan dura cosa es la muerte? » Irá á pedir á los Partos un asilo, á arrojarse á los piés de Galba, ó se presentará al foro vestido de negro y desde

lo alto de la tribuna implorará la piedad de pueblo, pidiendo como un retiro la prefectura del Egipto. Ya tiene preparada una oracion con este objeto; pero ántes que llegue á la tribuna el pueblo le habrá despedazado. ¿Qué hará pues?

Sin embargo, todo continúa como siempre, y los pretorianos hacen la guardia en su puerta. Despues de una gran agitacion Neron se durmió; despertó á média noche y ya no encontró á los pretorianos. Llama á los amigos, ninguno responde, Tigelinio le había abandonado; va á llamar de puerta en puerta y ninguna se abre; vuelve á su cuarto, y ya los oficiales habían huido y saqueado su lecho; ni aun tuvieron la triste consideracion de dejarle su frasco de veneno. Pero á lo ménos ¿encontrará un gladiador que le quite la vida? Tampoco. ¿Pues qué, exclama, no puedo encontrar ni un amigo ni un enemigo? Las palabras de Suetonio se cumplieron, el mundo le abandonó.

Mas ¿cuál es la última catástrofe? Lo que mas abate á Neron no es Vindix, no es Galba, sino un innoble personaje, un descendiente de una cortesana y de un gladiador, y segun él de Calígula; Zinfidio, que había sido nombrado prefecto del pretorio por haber ayudado á descubrir la conspiracion de Pison. Empeñóse este en terminar esta doble lucha, y persuadió á los soldados de que Neron había partido; se fingió comisionado de Galba, y en nombre suyo prometió 30,000 sextercios á cada pretoriano y 5,000 á cada legionario; lo cual ascendía, contando solo diez mil pretorianos y ciento veinte mil legionarios á 180.000,000 de francos; promesa imposible que Galba no había hecho, y que sin embargo pagó con la vida.

Los pretorianos, única fuerza del imperio, abandonaron, pues, á su señor. Lo demas puede leerse en Suetonio, cuyas obras están escritas con la minuciosidad é indiferencia de un protocolo.

Entretanto el Senado, animado por la inaccion de los pretorianos, proclama á Galba; el pueblo apláude, corre por la ciudad con el gorro de la libertad, quema incienso en los templos, derriba las estatuas de Neron, y castiga con la muerte á los ministros de su crueldad. Por otro lado (tan cierto es que una parte del pueblo le amaba sin atreverse á defenderle) sus exequias se celebran en paz con alguna pompa, y en el monumento suntuoso de los Domicios, desde lo alto de la colina de los jardines, su tumba domina el Campo de Marte, sin temer la venganza de los Romanos, tan dura contra los muertos. Por espacio de muchos años hubo quien la cubriese de flores, y despues de la muerte de Galba revivió la memoria de Neron; tanto que al entrar Oton en la ciudad se oyó saludar con el nombre de Neron; restituyó los empleos á sus favoritos y les dejó alzar estatuas, y por último, aquel eterno emblema del poder de los césares, execracion suprema para unos y profunda lamentacion de otros, fué inmorta-

lizado por todos. El pueblo creía que Neron no había muerto, y por espacio de veinte años estuvieron apareciendo falsos Neronés, rodeados de partidarios; su imagen apareció en la tribuna; las proclamas anunciaban su vuelta con terribles venganzas, hasta que al final del siglo IV, y en contraste con el culto prestado á Neron por los depravados instintos de su siglo, gran número de Cristianos, inmortalizándole de otro modo, creían que oculto en una misteriosa caverna debe reaparecer al fin de los siglos, hacer renacer el culto de los ídolos, y realizar todo lo que fué profetizado del Antecristo (1).

Con Neron concluía la dinastía de los césares. Libia había plantado un bosque de laureles, adonde iba cada emperador á coger coronas para su triunfo, y añadir un nuevo laurel. El árbol que plantaba un emperador desaparecía también cuando este moría, y poco ántes de la muerte de Neron desapareció el bosque entero; un rayo decapitó todas las estatuas de los emperadores y rompió el cetro de la de Augusto. Gastáronse, pues, con haber llevado el cetro imperial las cuatro ramas, numerosas y poderosas familias de los Julios, de los Claudios, de los Domicios, de los Agripas (además de los parientes lejanos de estas). Ni las doctrinas de la Grecia, que había civilizado el mundo, ni el poder de Roma que tan fuertemente lo había sometido, los defendieron de la inevitable caída del pensamiento humano bajo una posición superior al hombre. Esta dinastía diezmada con placer por su jefe, por la ambición de sus individuos, y por el resentimiento de los proscritos, se hizo á sí misma tal guerra que vino á extinguirse en medio siglo. De cuarenta y tres personas de que llegó á constar, treinta y dos perecieron violentamente; de diez y seis mujeres, seis murieron de muerte violenta y siete fueron repudiadas.

Y no puede decirse que estos césares no estuvieran bien educados y adornados con toda la gracia y la elegancia de su siglo. Pero ninguna familia fué mas culpable ante el género humano, no tanto por haberlo oprimido, cuanto por haberlo corrompido con su ejemplo triunfante, con su tiranía, hasta con su duración que parecía un persistente mentís á la Providencia. Ella imprimió á aquella edad sus dos grandes caracteres; el fatalismo y el servilismo, la negación de Dios y la adoración de la criatura; ella acostumbró á todos á temblar bajo un señor y hacer temblar á un esclavo, á corromper al uno y á degradar al otro, manifestando mas poder y mas riqueza allí donde había mas vicio, y poniendo á la cabeza del universo y tal vez sobre sí misma un pueblo entero de esclavos, tiranos, centuriones y tribunos en el campo, procuradores en las provincias, libertos y eunucos en palacio. Este espíritu penetró tan adentro en la sociedad romana que desde Neron en adelante,

(1) S. AGUSTIN, *De civ. Dei*, XX, 49; LACTANCIO, *De morte persec.*; SÚLPICIO SEVERO, *Hist.* II.

excepto Domiciano, los soberanos fueron siempre progresando en moralidad; Roma, por contrario, ni se hizo mas valiente ni mejor, y tan corrompida, tan vil y tan delatora, no tuvo obstáculo en entregarse al indigno hijo de Marco Aurelio.

Curioso sería demostrar con sus pormenores cómo desde los siglos mas remotos fué preparando la antigüedad este resultado, y por qué grados pasó aquella progresiva decadencia del hombre. Quizá esta parecería natural y se vería que entre el *beato* de Roma, entre el liberto de César recostado sobre el lecho de marfil con los esclavos á los pies, ahito de morenas engordadas con hombres y mirando á los gladiadores cuya sangre salpicaba su mesa; y la pobre viuda cristiana que con riesgo de su vida penetraba en el calabozo del rico, á curar las llagas del encadenado y á lavar los pies de los santos, ciertamente que el primero es mas natural.

No hay historia que demuestre con tanta evidencia como la de los césares la radical debilidad, y si es permitido decirlo, la natural incivilización del genio humano cuando una fuerza exterior no lo sostiene. La antigüedad lo había conocido; por eso sus miradas eran retrospectivas y su ideal estaba en lo pasado, y la fábula universal y primitiva de las cuatro edades expresaba exactamente la persuasión que tenían de la decadencia necesaria de las cosas humanas. Homero y los poetas nos pintan siempre al hombre mas débil y ménos grande que en los siglos heroicos. Aquellos períodos de grandeza y de decadencia, de virilidad y de senectud, « aquella inexorable ley del destino, por la cual todas las cosas llegando á su apogeo decaen, y descienden con creciente celeridad hasta el ínfimo grado (1), » son imágenes usadas á cada momento, y al fin de la República romana, cuando parecía perderse todo lo que había sostenido al mundo, cuando la fe y el patriotismo faltaban en un mismo instante, permitido era creer muy poco en la indefinida perfectibilidad de la raza humana.

Dos pensamientos, dos sentimientos diversos se observan á mi parecer en esta época. En los ménos una rara é incierta fe de algunas almas iniciadas, una mística esperanza en un porvenir que no depende para nada de las fuerzas humanas; en los mas un estéril recuerdo de lo pasado, un fanatismo irreparable, un pensamiento desesperador y de abandono. « El género humano es el prometido de Esquilo, el Dios hombre condenado á un suplicio sin esperanza y sin fin, hasta que un Dios venga á libertarlo tomando sobre sí sus padecimientos. » Este doble pensamiento se descubre claramente en Virgilio. Cuando este es creyente, iniciado, profeta (*vates*), cuando con admirable instinto de poeta recoge las verdades esparcidamente cantadas por los oráculos, cubiertas por los misterios, dadas al viento por las sibilas, anuncia el principio de una era

(1) SÉNECA, *Controv.* I, *pref.* 7.

nueva, en un niño « á quien sus padres no sonreirán y á quien su madre dará á luz después de diez meses de dolores; » descubre « un retono venido del cielo, grande incremento de Júpiter; » por lo cual con magnífico lenguaje invita á todo lo creado á saludar á esta estirpe de los dioses, « y ya ve al mundo saltar de alegría sobre su eje; el cielo, el agua, la tierra, todo se alegra á la vista del siglo que ha de venir. » Pero cuando falta la inspiración, no hablan los oráculos, y el poeta vuelve á la pobre é imbecil naturaleza humana, impulsado por aquella fatalidad que lleva todas las cosas á lo peor, compara la suerte del mundo á una barca que los esfuerzos de los remadores llevaron con gran trabajo contra la corriente; pero si los brazos se debilitan un momento, el río vuelve á arrebatarse la nave, y se la lleva.

Sic omnia fatis

In pejus ruere, ac retro sublapsa referri:

Haud aliter quam qui adverso vix flumine lembum

Remigiis subigit, si brachia forte remisit.

Atque illum in præceps prono rapit alveus amni.

Nosotros no damos mas fe al fatalismo del bien que al del mal. Nuestros siglos de progreso no nos llevan á una confianza orgullosa, así como los de decadencia en la antigüedad llevaban á la desesperación. Si el mundo es fatalmente llevado al bien, ¿á qué trabajar con este objeto? Si él progresa solo por la fuerza de las cosas, ¿á qué tomarse el trabajo de pensar en el progreso? Este vago optimismo, que quiere elevarse á sistema filosófico, esta creencia en un progreso inevitable, aunque no bien definido, hace caer á la filosofía en un quietismo absoluto, que fundándose en la razón de las cosas, ó en cualquier divinidad igualmente vaga, la hace cruzar de brazos y esperar lo que

suceda. Es indudable que el mundo progresó desde los tiempos de Neron, pero ¿cómo progresó sino con la ayuda de Dios por un lado y por sus propios esfuerzos por otro? El mundo es lo mismo que el hombre: la salud depende de la gracia omnipotente; pero no se da sino á condición, y quiere ser secundada por nuestras débiles fuerzas.

El Cristianismo es, divinamente hablando, la causa de la civilización moderna; su principio en lo pasado, humanamente hablando, es su motivo, su razón lógica, su justificación y su apoyo en el presente. La civilización si no se la hace absolutamente material reposa sobre las ideas, y las ideas no son eficaces sino porque se cree en ellas. El autor, el inspirador, el persuasor de estas ideas fué el Cristianismo, y si se penetra en el fondo de las cosas, él solo puede darnos fuerzas á los ojos de la razón. La civilización, sin él, es inconsecuente, absurda, no es mas que un hábito contra el cual trabaja sin descanso la naturaleza humana.

Neron era perfectamente lógico; así como era también un hombre, tan consecuente como natural, sin ser por eso ni mejor, ni mas excusable, ni mas razonable. La frecuente repetición de delitos semejantes á los suyos por espacio de cuatro siglos, el ejemplo que le dieron Tiberio, Calígula y los aduladores de Claudio, la imitación que de él hicieron otros, Cómodo, Domiciano, Caracalla y Heliogábalo principalmente, que se propuso remedarle, prueban que Neron cedía á la fuerza de su propia posición no irresistible, pero poderosa, natural y verdadera, en una situación contra la verdad y la naturaleza, y que este tipo de frenesí sanguinario no fué sino el producto regular de su siglo y la expresión viva de lo que era la humanidad en su época.